

Los calcetines de María Moliner

Tengo en mi estudio, entre mi particular galería de retratos, una fotografía de María Moliner. Está sentada a la mesa del comedor que ilumina un quinqué, frente a una máquina de escribir portátil, un atril y una serie de papeletas. Si fuera una pintura, podría parecer un bodegón inusual que completara al desgaire un volumen abierto sobre una silla. También podría tratarse de un interior doméstico, no precisamente al uso, con figura de mujer. Con la cabeza inclinada sobre la tarea, parece absorta en seguirle el rastro a una palabra. No podemos verle los ojos, que enmarcan unas gafas de montura grande, fijos sobre un folio. Lleva el pelo recogido en un moño de viejecita de cuento, pese a que todavía no lo es. Un aire franciscano, de humilde seriedad austera, la envuelve, quizá por contagio de Giner de los Ríos, aquel «hermano de la luz del alba», a quien Antonio Machado hubo de dedicar una de sus más hermosas elegías, de memorables versos: «Lleva quien deja y vive el que ha vivido. / ¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!». Porque se formó en la Institución Libre de Enseñanza y eso imprimía carácter, aunque, al parecer, no estudiara allí. Según recuerda su hijo Fernando en una entrevista («Conversación con Fernando Ramón Moliner», *Educación y Biblioteca*, n.º 86, enero, 1998), su contacto fue posterior.

Se relacionara antes o después con la Institución, no hay duda de que el espíritu de esta impregna el quehacer de doña María puesto que coincide con los propósitos de sus integrantes: lo que se hace para uno tiene que hacerse también para todos; el trabajo es una fuente de provecho y hasta de placer cuando es riguroso y honesto. Un rigor y una honestidad a los que debe acompañar una visión penetrante y crítica de la realidad, imprescindible para cambiar las cosas.

Ortega, allá por los años en que María Moliner, nacida en Paniza (Zaragoza, en 1900), se matriculó (1918) en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, insistía en la necesidad de ver las cosas por primera vez, adentrándonos en su interior para llegar a su esencia. Esa mirada no mediaticada la puso María Moliner en la difusión de la cultura. Primero como bibliotecaria, al servicio de la República, especialmente en la etapa valenciana, y más adelante como lexicógrafa durante los más de quince años que se pasó sentada frente a esa mesa de comedor que aparece en la fotografía, y que era la de su casa.

Sin contar siquiera con la habitación propia que Virginia Woolf consideraba imprescindible para cualquier mujer creadora, se dedicó a organizar el mundo alfabéticamente, o lo que es lo mismo, a compilar un diccionario, el mejor *Diccionario de uso del español*, en opinión de algunos, entre los que se encuentra el escritor colombiano y premio Nobel, García Márquez. Un diccionario que elaboró sola y al que, desde la primera edición, aparecida en 1966, hasta la cuarta de ahora, todos llamamos por su nombre, el María Moliner. Basado, en primer lugar, en la definición de la Real Academia, con la que fue siempre respetuosa, tuvo a la vez muy en cuenta el habla de la calle y la necesidad de guiar tanto a quienes tienen el español como idioma propio —decía— como a aquellos que lo aprenden.

María Moliner mereció el reconocimiento no solo de los lexicógrafos —como muestra véase el artículo que le dedicó uno de sus más importantes representantes, don Manuel Seco, con motivo del centenario de su nacimiento (*El País*, 29/03/2000)—, sino también de todos cuantos nos hemos acercado a las páginas de su magna obra para que con su definición llenara el sentido de una palabra hasta entonces vacía, o encendiera una luz que nos permitiera ver el recoveco oscuro en el que había caído un término.

Entre las páginas de la primera edición de su Diccionario, que me acompaña desde mis años de estudiante, guardo una vieja entrevista de los primeros setenta en la que doña María aseguraba que su trabajo no tenía ningún mérito, que lo había hecho como quien zurce calcetines, a veces, desgraciadamente, dejando de zurcir los de su marido o los de sus hijos. La puntualización, toda una declaración de principios, recuerda, sin duda, no sé si intencionadamente, aquella afirmación de Teresa de Jesús cuando cuenta que escribía «estorbándose a hilar», pidiendo excusas por el atrevimiento de tomar la pluma en vez de la rueca y el huso, instrumentos reconocidamente femeninos, que la santa sustituye, solo por imposición de sus confesores, por la pluma, herramienta impropia de su condición mujeril.

He oído comentar que María Moliner decía que concibió el proyecto de elaborar el Diccionario con la intención de ayudar a su hijo mayor, Enrique, que era médico, a financiar una clínica. Una justificación maternal estupenda, que, por otro lado, algún otro familiar ha desmentido, aunque esté en consonancia con el proceder que le permitió hacerse perdonar su contribución extraordinaria a la lexicografía. María Moliner, como santa Teresa, necesitaba un pretexto para dedicarse al trabajo intelectual y, como ella, fue pródiga en el empleo del tópico de la humildad a manera de *captatio benevolentiae*, muy a sabiendas de lo que se hacía. No fuera cosa que algunos pensarán no solo que se tomaba en serio su labor, sino que además entraba en un terreno vedado sin reconocerlo y por ello fuera castigada. Sin embargo, la estrategia de doña María no funcionó. La RAE, en 1972, pese al aval de Rafael Lapesa, la amistad de Dámaso Alonso o de Gerardo Diego, que firmaron su candidatura, prefirió a Emilio Alarcos, por otro lado, estupendo gramático de incuestionables méritos. Pocos años más tarde algunos amigos académicos, seguros de su triunfo, le ofrecieron presentarla de nuevo. La señora Moliner declinó la invitación, entregada a cuidar de su marido, Fernando Ramón, catedrático de Física, por entonces gravemente enfermo. Tras la muerte de este en 1974, el alzhéimer, que comenzó a padecer, a consecuencia del que murió en 1981, dio definitivamente al traste con la posibilidad de entrar en la Academia.

Estoy absolutamente convencida de que, a estas alturas del siglo XXI, María Moliner sería un miembro más y uno de los más prestigiosos de la RAE sin necesidad, al menos me gusta pensarlo, de tener que pedir excusas por una labor tan extraordinaria. Y hasta es posible que ya no se sintiera culpable de la atención robada a su marido y a sus hijos, mientras confeccionaba papeletas para el Diccionario, tal y como asegura en la dedicatoria de su portentosa obra, que les ofrece terminada —escribe— «en restitución», sino feliz y orgullosa de su trabajo, sin remordimientos ni mala conciencia por los calcetines que dejó de zurcir.

CARME RIERA